



ECOS DE LA PALABRA Por Javier Castillo, sj

Unidos para que triunfe la VIDA

Reflexiones sobre el Evangelio de Juan 20, 1-9 (Domingo de Pascua - Ciclo A – 16 de abril de 2017)



Anoche, cuando la luz de Cristo Resucitado disipó las tinieblas de la larga noche por la que está atravesando la humanidad, resonaron en nuestras comunidades, reunidas en oración, las palabras dirigidas a algunas de las mujeres de la comunidad: “¿Buscáis a Jesús, el Nazareno, el crucificado? No está aquí. Ha resucitado”. Hoy, desde la primera hora del alba, nos unimos al gozo de cientos de hombres y mujeres para recitar con fuerza las palabras de la Secuencia “Venid a Galilea, allí el Señor aguarda; allí veréis los suyos la gloria de la Pascua. Primicia de los muertos, sabemos por tu gracia que estás resucitado; la muerte en ti no manda”. Y es que esta buena noticia, que el Señor ha resucitado, es el fundamento de nuestra fe, la razón de nuestra esperanza y el motivo de nuestra alegría.

La muerte, que se creía victoriosa, se ha quedado sin palabras ante la voz del Padre que, resucitando a Jesús y en él a nosotros, la ha vencido. La muerte, para los discípulos de Jesús, no tiene la última palabra, no manda. La última palabra la tiene la vida.

El texto de los Hechos de los Apóstoles (10, 34a. 37-43) nos recuerda quien es el resucitado. Lo primero que afirma es que Jesús de Nazaret, el ungido con la fuerza del Espíritu, fue un hombre que pasó haciendo el bien porque Dios estaba con él. La humanidad de Jesús no es una apariencia, el compartió nuestra historia para transformarla desde dentro haciendo el camino de la liberación y respondiendo con el bien a las fuerzas que se empeñaban en destruir la vida digna. Lo segundo que afirma es que el resucitado es el crucificado, al que el egoísmo y la cerrazón de la soberbia y del afán de poder entregaron a la muerte para allanar así los caminos a un proyecto que solo sembraba muerte, exclusión y dolor. Resulta fuerte decirlo y, más aún, vivirlo, que para los mercenarios de la muerte que han decidido sembrar dolor por toda la geografía del planeta, Jesús y, quienes libremente eligen ser sus discípulos, resultan incómodos y hay que eliminarlos como lo hicieron con Romero, Ellacuría, Rutilio Grande, Lluís Espinal por nombrar algunos. Pero la historia no termina aquí, a Jesús, el Hombre bueno, el Hijo entregado, **el Padre le resucitó** para abrirnos de par en par las puertas de la vida y del Reino de la justicia, la verdad y el amor que es el proyecto de Dios para la humanidad.

¡Jesús está vivo!, **no le busquemos en el sepulcro**. La sorpresa de las mujeres y de los discípulos ante el sepulcro vacío es grande. No era fácil comprender las palabras del Maestro Jesús por eso le buscaban entre los muertos, abatido y derrotado por el poder de quienes le crucificaron. Pero Jesús no puede estar entre los muertos porque vive, porque ha vencido a la muerte y porque su vida, como el grano de trigo, se ha dejado tritular para dar vida en abundancia. No está entre los muertos porque la lógica del amor y de la entrega es la que tiene ahora la palabra, la nueva palabra. Los discípulos, transformados por el encuentro con el resucitado, **ven y creen** esta nueva lógica y corren a anunciarla a todos los hermanos.

En este día de Pascua, llenos del gozo de Jesús dejemos que los **sueños de vida** colmen nuestra mente y nuestro corazón...

Dejemos atrás la tentación de la desesperanza y abramos grandes espacios para la esperanza y la ilusión. El futuro no le pertenece a los que matan sino a los sembradores de vida.

Demos rienda suelta a nuestros deseos de construir una sociedad que se parezca más a la que una vez soñó Jesús: una sociedad igualitaria donde la compasión y la ternura no sean solo palabras sino rasgos de su identidad.

No dejemos que los nubarrones del invierno que va pasando opaquen el brillo de la primavera que estamos empezando a vivir. Es tiempo de crear, es tiempo de sembrar, es tiempo de trabajar juntos por un mundo donde triunfe la vida.

Demos fuerza al impulso renovador que vive la comunidad de los creyentes en especial a ese empeño de ser una Iglesia pobre al servicio de los pobres.

Dejemos que nuestras voces se unan al canto de todos los que, abiertos a la novedad del Evangelio, están llenando de justicia, paz, verdad, reconciliación y libertad la vida de este nuevo mundo que, desde Jesús, es posible.

Unamos nuestras voces, henchidas de esperanza y de vida, para llamar al silencio a los fusiles, los bombardeos, las bombas químicas y, sobre todo, a las palabras que destilan odio, rencor, venganza y exclusión. Desde el poder inerme del Evangelio, levantemos nuestra voz por la VIDA!

Felices Pascuas a todas y todos. Que la presencia del Dios de la Vida sea para todos nosotros el aliciente para permitir que la vida siga naciendo en primavera.